
PRÓLOGO.

Cuando la Academia Española, queriendo probar el vigor de los ingenios Castellanos, propuso un premio para el que fuese vencedor en la liza que habia abierto, yo compuse este poema, sin las ilusiones que presta la esperanza. Quizás ninguno de los jóvenes que se han dedicado á la poesía, ha escrito menos versos que yo; y quizás ninguno ha rendido mas homenajes, ni tributado mas adoraciones en los altares de las Musas. El Poeta, que en la infancia de las sociedades amansa su ferocidad con los sonos de la lira, preside tambien á su civilizacion, conservando la cadena de las tradiciones: privilegiado entre todos los séres, su destino es que nada haya grande sin su presencia, necesaria igualmente en aquellos acontecimientos que elevan la sociedad á su mas alto grado de esplendor, y en aquellas grandes convulsiones, que la precipitan ó la despedazan. El Poeta, que ciñe el laurel de la victoria en las sienas de los héroes, canta tambien el himno funeral sobre el sepulcro de las Naciones: la lira es igualmente sublime sobre el escudo del vencedor, y sobre la tumba del vencido.

Yo no podia pulsar esta lira sin profanarla; pero tampoco pude guardar silencio, cuando todos alzaban el canto; y compuse este Poema, menos como poeta, que como admirador de las Musas. La

próroga concedida por la Academia hubiera destruido mi ilusión, si la hubiera tenido alguna vez: yo no volví á remitir este Canto, conociendo que sería inútil mejorarle, y temerario permanecer por mas tiempo en la arena, en donde no podia luchar con esperanzas. El premio concedido despues al Sr. Baron de Bigüezal, me convenció mas y mas de que yo no hubiera podido luchar con un talento tan distinguido: mi mayor placer consiste en hacerle la justicia á que es acreedor, aunque mi voto sea de muy poca importancia para él, despues de haber obtenido el de jueces tan imparciales y conocedores. Las bellas octavas de su Poema, aquellos versos tan numerosos y llenos de armonía, la sencillez de su plan, la pureza de su diction, y la nitidez de su estilo, le hacen distinguirse entre nuestras composiciones modernas, y colocan á su autor entre el corto número de aquellos que aun conservan entre nosotros el fuego sagrado, que está destinado á no perecer, sino cuando se estinga en las sociedades el gérmen de las grandes acciones, y de los pensamientos generosos.

La Academia ha cumplido dignamente los deberes que su instituto la impone: como Cuerpo esencialmente conservador, ha debido rechazar aquellos Poemas en que se encuentran innovaciones peligrosas para el gusto, y premiar al que, siguiendo la marcha trazada por los grandes maestros del arte, hubiera sido leído con placer en los tiempos felices de la Grecia.

¡Cuán lejos estamos de esos siglos! Los hijos de los bárbaros del Norte no se acuerdan de ellos; porque sus padres no oyeron los acentos de su lira desde las nieves del Polo. Nuestra vista no alcanza á ver mas allá de nuestra cuna: la sociedad moderna no entiende el lenguaje de la sociedad antigua: demasiadas revoluciones las separan, para que puedan entenderse. Pero como el destino de las ideas es no perecer jamás, algunos Cuerpos inmóviles, colocados en medio de esta sociedad fluctuante y borrascosa, conservan el depósito sagrado de las ideas de la antigüedad; como aquellas inscripciones cuasi borradas por la mano de los siglos, que el anticuario encuentra en una columna sepultada entre las ruinas: en vano el pasajero fija sobre ellas una mirada estúpida; na-

da le dicen ni á su corazón, ni á sus sentidos: la columna es para él un misterio, las inscripciones un enigma.

Así la Europa encierra en sí dos sociedades que, estando en contradicción, contribuyen sin embargo á realizar la gran idea que preside á la formación del Universo: la sociedad de las tradiciones, que vive de lo pasado, y la sociedad de los progresos, que vive de lo presente: la primera es necesaria, porque los pueblos sin tradiciones se hacen salvajes; y la segunda, porque ofreciendo nuevas páginas á la historia, y nuevas combinaciones al espíritu, impide que los pueblos sean estúpidos, ó lleguen á ser estacionarios: la primera se apoya en principios inflexibles, porque, viviendo de lo pasado, lo pasado, como la eternidad, no está sujeto á variaciones; la segunda no se apoya en principios fijos y determinados, porque el presente es un movimiento continuo, una perpétua undulacion. Los individuos que componen la Academia, pertenecen á la primera sociedad, porque por la universalidad de sus conocimientos, y la elevacion de su doctrina, no son el ornamento de una época, sino el ornamento de los siglos; y porque respirando en una atmósfera mas elevada, consideran las verdades en su existencia absoluta, y despojadas de todo lo que es local y transitorio. Yo, apenas conocido de las Musas, y no iniciado en los misterios de las ciencias, pertenezco á la segunda: hijo del siglo XIX, solo del siglo XIX recibiré mis débiles inspiraciones: yo seré el eco de la sociedad que me ha dado la lira, y en que se agita mi existencia.

En nada ejerce una influencia mas poderosa el estado social de los pueblos, que en el carácter de su poesía: hija del sentimiento y las costumbres, en la parte que tienen de individual y de característico, ella es el resultado de todas las emanaciones que se desprenden de una sociedad homogénea; y ninguna revolucion puede verificarse en la manera de sentir de esta sociedad, sin que la haga tambien variar de marcha, perturbando su armonía. Los que la consideran sujeta á ciertas reglas fijas é invariables, la consideran como una abstraccion, existiendo por sí sola; cuando, por el contrario, es siempre una consecuencia necesaria de la

manera particular de sentir de cada pueblo, en los distintos periodos de su civilizacion. Esta calidad no puede abstraerse, porque las individualidades no se abstraen: y el sentimiento es la parte mas individual de las Naciones: cuando una gran revolucion las agita, ellas se trastornan, ó varian de marcha, como individuos; pero conservan siempre el carácter de la especie. El error que yo combato, ha nacido de que se ha considerado á la poesia como un atributo de la especie humana en general, debiendo considerarsela como la expresion de la manera de sentir de cada una de las Naciones que constituyen la especie humana; manera que es siempre distinta en los distintos periodos de su historia y de su existencia. En vano la razon absoluta ha querido trazar un círculo inflexible al rededor de la poesia; él ha sido borrado siempre por la planta de los siglos, ó por la huella de las revoluciones. Así, yo no considero á la poesia de una manera absoluta, porque no soy filósofo; no busco su carácter en los preceptos de la razon; le busco en las entrañas de los pueblos.

Hay ciertas analogías en el desenvolvimiento de las diversas facultades de la inteligencia, que llamarán siempre la atencion de los hombres pensadores, aunque nada digan á los espíritus comunes. Todos los pueblos, en su período primitivo de barbarie, han sido mas bien una asociación de individuos, que una sociedad organizada: este es el periodo de la unidad individual, y de la independencia del hombre. Cuando los primeros rayos de la civilizacion social iluminaron á estos pueblos, la dignidad del individuo se perdió en la dignidad de la familia: la unidad dejó de ser absoluta, y empezó á ser sintética. Cuando la civilizacion estuvo mas adelantada, la unidad de familia se perdió en la unidad de clases. Y finalmente, obedeciendo el hombre á la necesidad de generalizar, estas tres unidades se perdieron en la unidad de principios: entonces se estableció la gran sintesis social; y los pueblos llegaron á su mas alto grado de esplendor. Todas las revoluciones han recorrido esta carrera. Los bárbaros del Norte luchaban entre sí como individuos, y para conservar su independencia como hombres: luego que conquistaron el Imperio, y se asentaron sobre la

Europa desgarrada; luego que sus tiendas, eternamente flotantes, se fijaron en su suelo, todas las guerras civiles tuvieron por objeto un interés de familia: los Blancos y los Negros, los Guelfos y los Gibelinos ocupan este periodo de la historia: cuando ya las Repúblicas Italianas llegaron á adelantarse mas en la carrera de su perfeccion, las convulsiones que las agitaron, tenian por objeto, no el triunfo de una familia sobre otra, sino el de la Nobleza ó el de la Plebe: y cuando ya constituyeron su existencia por el triunfo de una de estas clases, la lucha pasó de los muros de una ciudad al campo de batalla: las Naciones ya constituidas, se precipitaron en la arena; el hombre, la familia y la clase desaparecieron para siempre; y los pueblos lucharon por el imperio del mundo y el monopolio de la gloria.

Aquí concluye la Edad-media, ó la existencia de los grupos, y empieza nuestra historia, y la existencia de las Monarquías: pero las Naciones se han hermanado en el mismo campo de batalla á donde habian sido llamadas para devorarse: ya no hay Naciones en Europa, sino una sociedad Europea; ya las guerras no tienen por objeto el engrandecimiento ó la gloria, sino el triunfo de una bandera ó la dominacion de un principio. La dignidad del individuo preside al nacimiento de las sociedades humanas; la dignidad de la especie las espera en su mas alto grado de esplendor. Entre estos dos puntos eternos, que son los polos del mundo moral, marcha el espíritu humano, luchan las sociedades, y se ejercita la historia: esta no es otra cosa, sino la relacion de las revoluciones que han sido necesarias para que el hombre, que empezó á luchar con el hombre por la posesion de los goces materiales, llegue á sacrificar su vida por el triunfo de una idea.

Esta ley de la generalizacion, que preside á la marcha de las sociedades, preside tambien á la marcha del mundo intelectual. La Naturaleza tal vez no ha creado mas que individuos: pero el hombre, obedeciendo á la necesidad de su destino, y á las formas de su entendimiento, ha reunido los individuos para crear las especies, las especies para formar los géneros, los géneros para formar los mundos: y al fin de estas unidades, cada vez mas sintéti-

cas y generalizadas, ha podido contemplar á la unidad por esencia, á la que las encierra todas en su seno, á Dios.

Este mismo fenómeno se verifica en el desenvolvimiento de cada una de nuestras facultades, y en la marcha que ha seguido la inteligencia del hombre. Hubo un tiempo en que el poeta solo era poeta, y el filósofo solo hablaba de filosofía. Así fué Homero en la cuna de la civilizacion: la Grecia fué para él un gran templo, como su voz el acento de las Musas; su existencia un solo himno, su corazon una lira. Así Pitágoras, sediento de verdades, iba á buscar la ciencia entre las ruinas de la civilizacion antigua, y entre el polvo de los siglos; y mientras escuchaba la celeste armonía de los globos que llenaban el espacio, las convulsiones del mundo se estrellaban á sus piés, sin ocupar su inteligencia. Así Platon, indiferente á las tempestades de la sociedad, y refugiándose en el mundo de sus ideas, contemplaba en su elevacion las esencias de las cosas, y miraba pasar desde su altura el torbellino de las pasiones humanas. Estos grandes genios de la antigüedad, separados de la sociedad en que vivian, pensaban que el filósofo no debia ser arrastrado por su torrente, y que solo debia ejercitarse en la contemplacion de las verdades eternas, viendo pasar la vida como un sueño, y el mundo como un fantasma. Pero la sociedad moderna es mas poderosa que el hombre, que ya no se pertenece á sí mismo: ella le arrebató de su cuna, y no le deja sino cuando le ha conducido á su sepulcro. Estando la sociedad así constituida, las ciencias y las artes se han sometido tambien á su yugo, y marchan en su misma direccion.

Luego que desaparecieron de la sociedad las jerarquías, desaparecieron de las ciencias las clasificaciones y los géneros: la misma revolucion que ha hecho que se confundan los individuos, las clases y las Naciones en una sola sociedad, animada de una sola vida, obedeciendo á un solo impulso, marchando en una sola direccion, y cumpliendo un solo destino; ha hecho tambien que todas las ciencias se reunan en un solo punto, que á todas las artes presida un solo pensamiento, y que todo, en la sociedad como en el hombre, lleve el sello de un solo carácter, y se dirija

á un solo fin. Ya un mismo hombre será filósofo en su gabinete, legislador á la cabeza del Gobierno, poeta en el comercio con las Musas, y orador en el torbellino de las pasiones. El que, en el periodo actual del espíritu humano, preguntase á un poeta por qué mezclaba el género lírico con el épico, aquel con el dramático, y este con el descriptivo, podrá ser un sábio, pero la sociedad de Europa no entenderá su pregunta.

¿Es este un bien? ¿es un mal? Esta confusion de cosas y de hombres, ¿es el efecto de una civilizacion que marcha, ó de una sociedad que se abisma en el primitivo caos? Los síntomas que nos asombran ¿son los que anuncian la muerte, ó los que anuncian una regeneracion? Esta anarquía social ¿es la que invade á las Naciones próximas á disolverse, ó la que se observa por un momento en las que van á ser iluminadas por una nueva aurora? Yo no lo sé; pero si se considera con atencion esta sociedad agitada y palpitante, sus oscilaciones se parecen menos al movimiento de la vida, que á las convulsiones de la muerte: el murmullo sordo que se escucha en la profundidad de su seno, se parece al que se observa en los mares que aguardan la tempestad, ó al gemido doloroso y profundo del que pena.

Sin duda ninguna, el carácter de la sociedad de Europa es melancólico y severo: bien sea porque, habiendo llegado á su madurez, la melancolía es el carácter propio de las sociedades avanzadas; bien sea porque, oprimida bajo el peso de las revoluciones, lleva estampada en su frente la huella del infortunio; ó ya porque, habiendo llegado al periodo mas alto de su perfectibilidad, ha recibido el carácter severo y melancólico de la razon que la guia, y del dolor que la acompaña; siempre es indudable que parece cubierta de luto, que las gracias de su juventud han huido de su seno, y que algo de lúgubre y doloroso, que por todas partes respira, parece anunciarla una catástrofe funesta. Boguemos, pues, en este mar agitado de huracanes, con la seguridad de la desesperacion, ó la indolencia de la incertidumbre: así, el marinero, que ha perdido su estrella, se abandona á la merced de los vientos, arroja una mirada serena hácia el rayo que descende y el abismo

que le aguarda; y entonando una cancion monótona, cruza los brazos, y espera inmóvil su destino. Cualquiera que sea el porvenir de la Europa, los hijos del canto no abandonarán á sí misma á la sociedad que les ha dado la existencia: ellos estarán siempre dispuestos á celebrar sus triunfos, ó á consagrar su agonía.

Yo he creído que debia manifestar al público estas observaciones, porque me parece que no son indiferentes, ni para la sociedad ni para el arte. Si el Poema que me ha servido de ocasion para escribirlas, no merece la aceptacion de los inteligentes, yo espero que meditarán con detencion las consecuencias importantes que pueden deducirse del sistema que he empezado á bosquejar en este Prólogo: indiferente, como autor, al destino que puedan sufrir mis producciones, no lo seré nunca al que pueda caber en suerte á las verdades importantes y fecundas. Si ellas quedan ¿qué importa el autor? ¿qué importa el hombre?

Madrid, Febrero de 1833.

JUAN DONOSO CORTÉS.

CANTO.

Ya en los nublosos mares de Occidente,
Por las calladas Horas conducido,
Refresca el Sol su enardecida frente
En las sonantes ondas sumergido:
Con velo funeral ciñe al Oriente
La oscura noche, el manto desprendido
Que en negro pabellon cubre á Zamora,
Mientras su Reina desolada llora.

Regia estancia con paso vacilante
Bañada en llanto mísera oprimía,
Agitado su seno palpitante,
Cual suele el mar en tempestad sombría:
En la gótica bóveda, espirante
Débil antorcha solitaria ardia,
Que un esplendor funesto dilataba,
Y su semblante pálido bañaba.